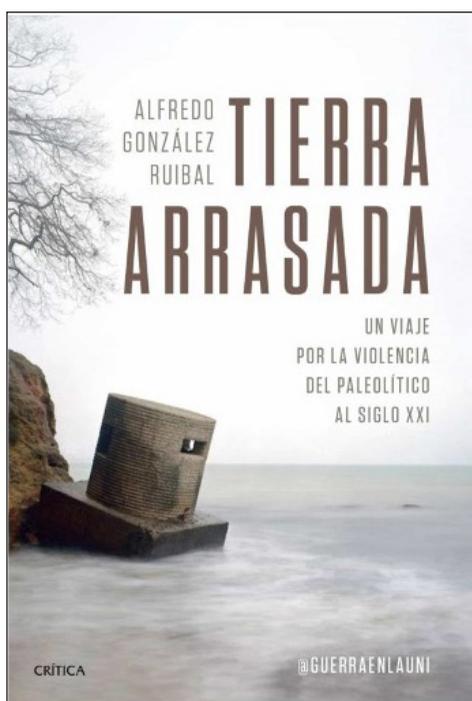


Complutum

ISSN: 1131-6993

 EDICIONES
COMPLUTENSE<https://dx.doi.org/10.5209/cmpl.93459>

Alfredo González-Ruibal (2023): *Tierra Arrasada. Un viaje por la violencia del Paleolítico al siglo XXI*. Barcelona, Editorial Crítica (Col. Tiempo de Historia). ISBN: 978-84-9199-525-8. (512 págs. + numerosas fotografías y dibujos numerados por capítulos).



En una reciente entrevista, un archiconocido escritor español que ejerció como corresponsal de guerra durante más de veinte años, refiriéndose a una de sus primeras coberturas, afirmaba lo siguiente: “Cubría la invasión turca de Chipre. Una de aquellas noches presencié cómo cientos de paracaidistas turcos caían cerca del hotel en el que estaba alojado. Entonces, rápidamente, bajé exultante. Se me notaba la alegría en la cara porque era la guerra y había ido a hacer fotos. Y porque estaba en la guerra. Viví una especie de sueño heroico, épico, aventurero. Era un crío. Qué actitud tan diferente a la que tendría dos, tres o cuatro años después...”.

A pesar de lo poco convencional de introducir de tal forma una reseña, se ha considerado interesante traer las anteriores declaracio-

nes por dos motivos que están estrechamente relacionados. El primero, porque reflejan a la perfección un dualismo dicotómico de sensaciones y actitudes que el ser humano puede mantener y desarrollar ante un fenómeno tan desolador como la guerra. Y el segundo, porque la obra que le atañe a esta reseña aporta una revisión magistral (pre)histórica de la violencia a través de su materialidad que, entre otras muchas cosas, permite entender el porqué de ambos extremos: por un lado, por qué podemos llegar a idealizar la violencia interpersonal y, por otro, el alcance y la gravedad de sus implicaciones. La obra de Alfredo González-Ruibal posee un objetivo muy ambicioso, pero a la vez estupendamente resuelto. Éste no es otro que el de realizar una caracterización de la guerra con una perspectiva tanto multitemporal - a largo plazo, extendiéndose desde el Paleolítico hasta la época contemporánea - como multirregional - evadiendo la tendencia occidentalista y etnocéntrica que caracterizan a una gran cantidad de trabajos que de la misma forma analizan fenómenos de larga duración - a través del registro arqueológico.

Obras como *Leviathan*, de Thomas Hobbes, demuestran que el estudio de la violencia en el pasado ha suscitado desde los más primitivos albores de las ciencias antropológicas y humanísticas un interés de inagotable fervencia (Vandkilde, 2018), lo cual es lógico si se tiene en cuenta que el conflicto - violento o no - está presente, ya sea de forma directa o indirecta, en el día a día de la práctica totalidad de los seres humanos actuales. Pero también parece que lo estuvo en el pasado, hasta tal punto que trabajos fundamentales acerca del estudio del conflicto en tiempos pretéritos (*por mencionar algunos*; Clastres, 1980; Keeley, 1996) afirman que éste es casi inherente a nuestra especie, idea que el autor respeta y, al

mismo tiempo, matiza de una forma que muy pocos, casi ninguno, ha hecho. Porque ya desde el mismo comienzo de libro, se establecen a modo de premisa las diferencias existentes entre el conflicto, observable en la grandísima mayoría de grupos humanos, y la guerra, que no lo es. Durante el desarrollo del texto, Alfredo González-Ruibal demuestra que, a vista del registro manejable, guerra no ha habido siempre; y que su origen responde a una dinámica de larga duración en la que la Prehistoria tiene datos esenciales que aportar.

Parte del éxito que alcanza la obra con respecto a sus objetivos responde a la naturaleza de la trayectoria investigadora del autor, arqueólogo en el Instituto de Ciencias del Patrimonio del CSIC. Por haberse especializado en sus inicios en el estudio de la Prehistoria y luego haber dedicado gran parte de su carrera al análisis de la materialidad contemporánea, Alfredo González-Ruibal posee una visión clara y profunda de los dos extremos que enmarcan la dinámica del fenómeno sobre el que su obra diserta. Además, es de agradecer, al menos para los que compartan que el libro posee un mensaje que trasciende lo meramente científico, que éste se haya escrito prestando especial atención a su accesibilidad. En *Tierra Arrasada* todo se pone al servicio de la facilidad de lectura y de la continuidad del discurso. No solo por la idoneidad del léxico, que combina precisión, rigurosidad y amenidad de forma excelente; sino también por otros detalles, como el formato de la bibliografía. Si bien es cierto que el sistema de citas es incómodo para quien desee sacar de la obra referencias a consultar, ésta se intercambia por un aumento notable de fluidez, dado que ninguna cita interrumpe la continuidad del discurso; elección que creo muy acertada para una obra como la reseñada, dedicada a un público más amplio y poseedora de un carácter principalmente divulgativo. Por otro lado, la calidad del libro físico es excelente en vistas de su precio y la longitud de la obra, que es, como no podía ser de otra forma por las dimensiones del tema tratado, extensa, cerca de las 400 páginas, pero en ningún momento pesada.

El aparato gráfico del que se hace uso está compuesto mayoritariamente a partir de fotografías y, en menor medida, planos y dibujos - algunos de los cuales están elaborados de forma excelente por el mismo autor -, todo ello a color. El tamaño de este aparato gráfico es suficiente como para poder apreciarlo como se

debe y la cantidad, aunque podría decirse que se queda corta - acaso por una limitación establecida por la editorial -, es de calidad. Las imágenes seleccionadas no solo complementan gráficamente el texto, sino que demuestran en varias ocasiones la dimensión bélica de objetos que a simple vista no la expresan. Huelga decir que en los numerosos casos en los que se exponen fotografías de restos humanos, el discurso escrito que las acompaña denota en todo momento las exigencias éticas que conlleva exponer este tipo de imágenes. Por otra parte, volviendo a la bibliografía referenciada, las 35 páginas repletas de títulos relacionados con el tema en cuestión bien reflejan la rigurosidad de la obra y el esfuerzo de investigación llevado a cabo. Sea como fuere, una bibliografía completa, extensa y pertinente como la de *Tierra Arrasada* puede casi considerarse una condición *sine qua non* para la confección satisfactoria de, como ya he apuntado, un libro con tan ambicioso objetivo.

Con respecto a la estructura y organización de los capítulos, ambas responden a un doble criterio geográfico y cronológico, como es de esperar de un análisis a largo plazo sobre una dinámica cultural concreta. A medida que avanzan los capítulos, avanzan también las cronologías sobre las que se construye el discurso, mientras al mismo tiempo se van intercalando eventos acontecidos en el continente europeo, asiático, americano y africano; aunque también es cierto que existen capítulos íntegramente dedicados al análisis de continentes concretos, como podrían ser el Capítulo 2 con Europa y el Capítulo 6 con América. La extensión de los mismos es relativamente homogénea, oscilando entre las 35 y 50 páginas cada uno, poseyendo los más generalistas (como el 6, dedicado a la violencia de la América Precolombina) la mayor amplitud, como es de esperar. Es resaltable que, con frecuencia durante la obra, al final de cada uno de los apartados que la componen, se realizan excelentes reflexiones de lo expuesto, en las cuales se proporcionan frases a modo de píldora sintetizadora que entremezclan la brillantez creativa del autor con el rigor científico, el ajuste a los datos existentes y un cierto toque iluminador; consiguiendo así estas recapitulaciones impactar de gran manera en el lector.

Considero importante dedicar un par de párrafos al Capítulo 2 del libro específicamente porque ejemplifica de forma clara cómo a

través del registro se da explicación a actitudes que, con origen prehistórico, continuaron activas y en desarrollo durante épocas históricas y están presentes en la violencia actual. Al comienzo de esta reseña se aclaraba que se habían expuesto las declaraciones de un ex-corresponsal de guerra a modo de introducción porque expresaban a la perfección cómo ante algo que deja tantas heridas y tanto dolor, el ser humano puede llegar a generar emociones y sentimientos positivos, tales como la alegría, la impaciencia, el deseo o el anhelo. En este sentido, dicho Capítulo 2, no es que solo permita entender por qué somos capaces de mantener posturas que casan tan poco con el horror de la guerra, sino que les confiere a los acontecimientos ocurridos en la Prehistoria un papel clave en el mismo proceso. Un proceso que comenzó hace miles de años y que, como bien demuestran las anteriormente citadas declaraciones, siguen muy presentes en los tiempos que corren. Ese proceso del que hablo es la progresiva creación de un mecanismo que permitió encauzar la violencia y lidiar con parte de sus problemas: la institucionalización de la guerra como forma de relación entre comunidades. Y como parte esencial de la institucionalización del conflicto, Alfredo González-Ruibal nos habla de un concepto esencial, la sublimación de la violencia, que es el que realmente permite comprender por qué surgen procesos de idealización de la misma.

A partir de este concepto, se entiende el significado que hay detrás de determinados tipos de rituales relacionados con la guerra, de la proliferación de los objetos de cuidado personal en el registro arqueológico a partir de la Edad del Bronce Europea o del progresivo aumento del esfuerzo invertido en la creación de armas cada vez más bellas y estéticas. Se entiende también el porqué de los títulos de reconocidos trabajos que en su momento fueron revolucionarios en el estudio de la violencia del pasado, como podrían ser el *The warrior's beauty* de Paul Treherne (1995) o el *A 'beautiful death' and the disfigured corpse* de Jean-Pierre Vernant (1991). Y, finalmente, se termina de comprender una de las razones existentes detrás de declaraciones y actitudes como las citadas al comienzo de este texto. Porque como bien apunta el autor en su obra, toda esta parafernalia ritual y estética que acompaña a la guerra purifica el acto transgresor que implica matar a otro ser humano. Con todo esto se demuestra, ya desde el comienzo del libro - aunque no por

única vez -, la importancia de la materialidad de la violencia del pasado para entender la del presente, así como el poder de la Arqueología para incidir en el mundo actual.

Otro aspecto en el que me gustaría detenerme es en la importancia de la intención que posee la obra de romper con la tendencia occidentalista que a veces caracteriza el análisis de dinámicas culturales de gran recorrido temporal. El hecho de explorar la evolución de la violencia en otros continentes ajenos a Europa sin exportar los modelos inferidos para éste último permite al autor proponer esquemas de cambio originales y diferentes con respecto al desarrollo y evolución de la violencia y también dar cuenta de que otras opciones son posibles, rehuyendo así del - se supone - ya superado evolucionismo unilineal que caracterizó las explicaciones acerca del cambio cultural generadas hace décadas, pero que todavía contamina con sus reductos teóricos determinados tipos de discurso. Finalmente, es de agradecer - aunque también de esperar para cualquier trabajo riguroso publicado en estas fechas - el esfuerzo de González-Ruibal por integrar datos procedentes de otras disciplinas, como la Bioarqueología o la Antropología Genética, tanto porque enriquece y afianza el discurso, como porque demuestra lo esencial de la multi- y transdisciplinariedad en cualquier trabajo que actualmente aspire a ser lo más completo y holístico posible. Así, de forma implícita, se reconocen los límites de la metodología arqueológica para generar por sí sola cierto tipo de discursos que pueden ser completados si se mantienen posturas honestas y colaborativas - al fin y al cabo, científicas -.

Para finalizar con la evaluación específica de aspectos concretos de *Tierra Arrasada* y aunque lo siguiente no esté específicamente vinculado con la arqueología prehistórica, creo que merece la pena mencionar el especial interés que poseen determinadas partes de los Capítulos 8 y 9, las cuales tratan del “arte de la guerra” o “arte de las trincheras”. Ambos conceptos hacen referencia a manifestaciones artísticas que los propios protagonistas del conflicto, los soldados - en activo -, realizaban con los materiales que tenían a disposición en los lugares donde se encontraran - trincheras, prisiones, campos de prisioneros, fuertes, etc. - mientras se sucedían diversos episodios bélicos. Traigo a esta reseña dichos conceptos porque manifiestan la posibilidad de entender y acercarse de forma pormeno-

rizada y personal a todos aquellos que combatieron y perecieron - personalizando así el estudio del pasado -, a la evolución de las formas de hacer la guerra y a los cambios en los perfiles de quienes la llevaban a cabo. Y todo ello a través de la materialidad de algo que a priori puede parecer tan nimio, como una baratija confeccionada por un soldado en una trinchera, si se tiene en cuenta que existen una grandísima cantidad de restos de las armas que éstos emplearon, los fuertes y trincheras que ocuparon y los registros escritos que describen los acontecimientos que experimentaron. Es, de nuevo, una parte del libro donde queda más que patente la capacidad de la Arqueología para completar y conectar el presente con su pasado, así como la capacidad del autor para transmitir esa conexión.

A modo de conclusión, y teniendo en cuenta lo expuesto hasta este punto, creo que puede afirmarse sin miedo a equivocarse que la obra de González-Ruibal es altamente recomendable no solo para aquel que se dedique al estudio del pasado, sino para cualquier persona del amplio público; pero indispensable para los especialistas en el estudio de la violencia interpersonal en nuestra especie. Merece ser evaluada como una lectura tremendamente enriquecedora a nivel general porque, aunque posea un gran valor como trabajo científico, lo tiene aún más, creo, como documento social. Porque demuestra el poder que tienen los objetos de sensibilizar. De sensibilizar con una violencia que en muchos casos despersonalizamos. Porque lo que queda de ella no es observable, a veces, a simple vista; y requiere de una interpretación sagaz y profunda. *Tierra Arrasada* permite entender, aparte de todo lo ya mencionado más arriba, algo esencial para todo ser humano viviente en siglo XXI: lo que

implica la violencia, el dolor y el horror que deja detrás en memorias propias y colectivas. Sus páginas traen de vuelta estas emociones, incluso cuando han estado enterradas decenas, cientos o miles de años. La significación de esto reside en que ayuda a entender que la guerra y la violencia humana tienen consecuencias emocionales en cualquier época, lo que, en definitiva, permite personalizar nuestro pasado y hacernos conectar con él. Es sencillo entender la horrible situación de, por ejemplo, las actuales poblaciones palestinas o ucranianas; pero es bastante más complicado hacerlo cuando nos enfrentamos a las fosas comunes de las masacres neolíticas, las protagonizadas por los Indios Pueblo norteamericanos o las resultantes de las guerras napoleónicas. Es en este sentido en el que el libro sensibiliza, haciendo un gran favor tanto a las personas del pasado como a las del presente, demostrando que no es imposible realizar un estudio científico completamente riguroso y, además, añadir una dimensión emocional importante. Y todo ello se hace a través de lo que cuentan los objetos, de la Arqueología.

En la misma entrevista con la que abría esta reseña, el susodicho autor añadía unos minutos más tarde que “a los muertos nadie les sacude el polvo, se quedan con él”. En un acto inintencionado de justicia poética, González-Ruibal demuestra que la Arqueología sí que les sacude el polvo a los muertos, contando lo que nadie ha querido - o ha podido - contar, dándole así “guerra a la muerte”. Porque, recogiendo sus últimas palabras, “guerra a la muerte es lo que declaramos los arqueólogos cada vez que excavamos un yacimiento [...] Para que los muertos sigan vivos en nuestra memoria. Para que, de algún modo, vivan para siempre”.

Referencias Bibliográficas

- Keeley, Lawrence (1996): *War Before Civilization. The Myth of the Peaceful Savage*. Oxford, Oxford, University Press.
- Treherne, Paul (1995): The warrior's beauty: the masculine body and self-identity in Bronze-Age Europe, *Journal of European Archaeology*, 3(1): 105-144.
- Vandkilde, H. (2018): Violent Beauty in the Bronze Age. En Hansen, Svend y Krause, Rüdiger (Eds.), *Bronze Age Hillforts between the Taurus and Carpathian Mountains* (pp. 83-103). Tagungsband zur ersten Tagung des LOEWE Projekts “Prähistorische Konfliktforschung” in Frankfurt am Main. Unterreihe zu den Universitätsforschungen zur Prähistorischen Archäologie (UPA). Bonn: Habelt-Verlag.

Vernant, Jean-Pierre (1991): A 'beautiful death' and the disfigured corpse in Homeric epic. En Zeitlin, Froma I. (Ed.), *Mortals and Immortals: Collected Essays* (pp. 50-74). Princeton, Princeton University Press.

Alejandro Martín Sánchez
Graduado en Arqueología
Universidad Complutense de Madrid
almartan@ucm.es